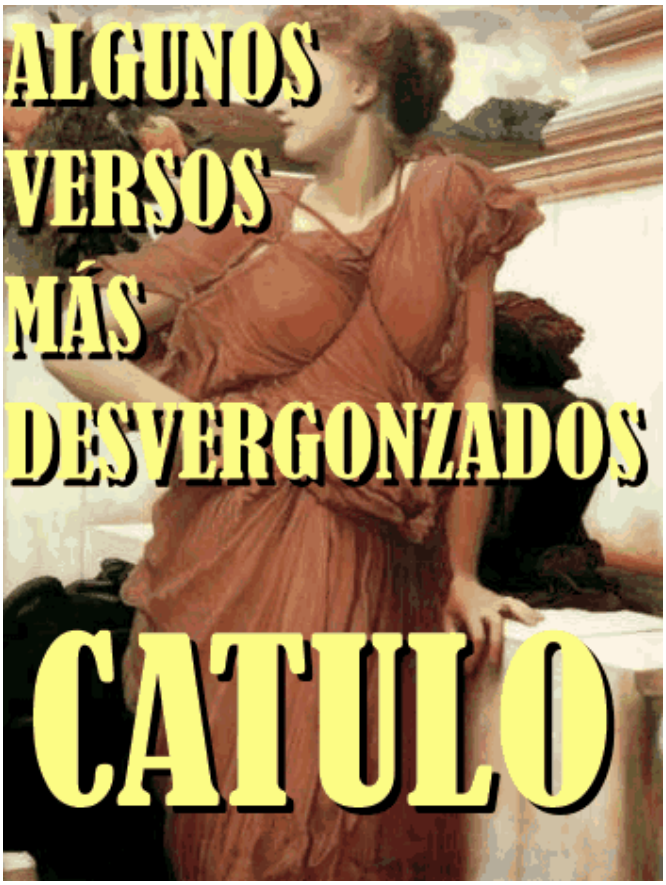
ALGUNOS VERSOS MÁS DESVERGONZADOS
CATULO



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ALGUNOS VERSOS MÁS DESVERGONZADOS

1

Pajarillo, delicia de mi niña,
con quien juega, al que en su seno tiene,
al que acerca la yema de su dedo
e incita a picotear ardientemente,
cuando, añorante de mi amor, se entrega
a un juego encantador que desconozco,
buscando algún consuelo a su dolor
para calmar, supongo, un grave fuego:
poder jugar contigo como ella
y aliviar las tristezas de mi alma
me sería tan grato como dicen
que fue para la rápida doncella
la manzana de oro que deshizo
el cinturón ceñido tanto tiempo.

2

Afligíos, oh Venus y Cupidos
y todo el que venere la belleza:
que ha muerto el pajarillo de mi niña;
pajarillo, delicia de mi niña,
a quien más que a sus ojos ella amaba,
pues era como miel, la conocía
tanto como a su madre una muchacha,
y no se separaba de sus faldas,
que saltando de un lado para otro
piaba sin cesar solo a su dueña.
Ahora sigue el camino de las sombras,
allá de donde, dicen, nadie vuelve.
Mas malditas seáis, malas tinieblas
del Orco que lo bello devoráis:
tan bello pajarillo me robasteis.
Mi pobre pajarillo, ¡qué desdicha!,
por ti ahora los ojos de mi niña
están rojos e hinchados de llorar.

3

Vivamos, Lesbia mía, y amemos;
los rumores severos de los viejos
que no valgan ni un duro todos juntos.
Se pone y sale el sol, mas a nosotros,
apenas se nos pone la luz breve,
sola noche sin fin dormir nos toca.
Pero dame mil besos, luego ciento,
después mil otra vez, de nuevo ciento,
luego otros mil aún, y luego ciento...
Después, cuando sumemos muchos miles,
confundamos la cuenta hasta perderla,
que hechizarnos no pueda el envidioso
al saber el total de nuestros besos.

4

Ay Flavio, si la que hace tus delicias
no fuera sosa y poco distinguida
querrías que Catulo lo supiera.
Pero amas a no sé qué putilla
caliente y te avergüenza confesarlo.
Que no te acuestas viudo por las noches
tu en vano muda habitación lo clama,
ebria de aceites sirios y de flores,
y tu almohada cansada a los dos lados,
y el ruido de tu cama trepidante
por charlas dislocadas y paseos.
Nada vale callar tus desvergüenzas,
¿la razón? que si no hicieras locuras,
no estarían tus lomos tan jodidos.
Por esto lo que tengas, bueno y malo,
cuéntamelo que a ti y a tus amores
quiero al cielo elevar en lindos versos.

5

Preguntas, Lesbia, cúantos besos tuyos
me serían bastantes y de sobra.
Tantos como la arena que de Libia
yace con laserpicios en Cirene,
entre el ardiente oráculo de Júpiter

y el sepulcro del viejo y sacro Bato;
o tantos como estrellas que contemplan,
cuando calla la noche, los amores
furtivos de los hombres. Tantos besos
a este loco le bastan y le sobran:
que no puedan contarlos los mirones
ni echarles maldiciones envidiosas.

6

Desgraciado Catulo,
deja de hacer locuras,
y lo que ves perdido, por ello dalo.
Brillaron para ti en otro tiempo blancos los soles,
cuando acudías allá donde quería una muchacha,
amada por nosotros como no será amada ya ninguna.
Eran entonces aquellas tantas diversiones
que deseabas tú y que ella no rehusaba.
Brillaron, sí, para ti blancos los soles.
Mas ella ya no quiere, y tú
-reprime la pasión tampoco quieras,
ni vayas tras quien huye,
ni vivas desgraciado,
sino que, duro el ánimo, tente firme.
No sientas. Adiós muchacha,
Catulo ya no siente.
Pues que no lo deseas,
ya no te irá a buscar ni te hará ruegos,
pero tú sufrirás cuando nadie te ruegue.
Ay de ti, desdichada, ¡qué va a ser de tu vida!
¿Quién va a estar junto a ti?
¿Quién te verá bonita?
¿Ahora a quién vas a amar?
¿De quién dirán que eres?
¿A quién vas a besar?
¿Morderás en qué labios? Pero,
Catulo, tú, condenado, no sientas.

7

Veranio, de entre todos mis amigos
el primero aunque fueran muchos miles,
¿has vuelto a casa junto a tus penates,
tu anciana madre y tus buenos hermanos?
Has vuelto. ¡Para mí qué gran noticia!,
pues sano te veré y oiré de Iberia

contar historias, pueblos y lugares,
como haces siempre, y tomándote el cuello,
tu alegre boca besaré y tus ojos.
Oh, de todos los hombres más felices
¿quién más feliz que yo? ¿quién más dichoso?

8

No es agradable, Asinio Marrucino,
cómo empleas tu izquierda en los banquetes:
robar en un despiste los pañuelos...
¡Vaya una gracia!, idiota, te equivocas,
pues no hay nada más feo ni rastrero.
Y, si a mí no me crees, créelo a tu hermano,
a Polión, que tus hurtos cambiaría
por millones, pues él es un muchacho
que entiende de donaires y de bromas.
Por eso tú devuélveme el pañuelo
o dispónte a sufrir miles de versos.
No me interesa nada por su precio,
sino por ser recuerdo de un amigo;
pues esta prenda sétaba de Iberia
fue un regalo de Fábulo y Veranio.
Es normal que la quiera como quiero
al pequeño Veranio y a mi Fábulo.

9

Cenarás bien, mi Fábulo, en mi casa
dentro de algunos días si los dioses
favorables te son y traes contigo
cena abundante y una chica guapa,
y vino y sal y ganas de reír.
Si te traes todo esto, te decía,
cenarás bien, encanto, pues Catulo
tan solo telarañas lleva encima.
Mas a cambio obtendrás mi amor sincero
o algo más dulce aún y distinguido,
pues te daré un perfume que a mi niña
las Venus y Cupidos regalaron:
cuando lo huelas, Fábulo, a los dioses
pedirás todo tú hacerte nariz.

10

Si por casualidad mis tonterías
leéis y no sentís pavor alguno
de acercar vuestras manos hasta mí,
<dejad el ceño en casa, que ahora vienen
algunos versos más desvergonzados>.

11

A mi amor te confío y a mí mismo.
Un sencillo favor te pido, Aurelio:
si en tu alma quisiste alguna cosa
que pura y bien intacta desearas,
guárdame a ese muchacho honestamente;
no digo de la gente, pues no temo
al que de un lado a otro por la plaza
absorto en sus asuntos se pasea.
Eres tú quien me inquieta y es tu polla
funesta a niños buenos y a los malos.
Menéala a placer en donde quieras
cuanto gustes, si está fuera y dispuesta;
solo a este exceptúo, bien sencillo,
pues si alguna locura o el deseo
a un crimen tal, malvado, te empujaran
que a mi vida con tretas convencieras...
¡Ay de ti, desgraciado, y de tu suerte!:
bien abierto de piernas, libre el paso,
te irán corriendo rábanos y mújoles.

12

Os daré por el culo y por la boca,
mamón de Aurelio y Furio maricón,
que decís que no tengo yo vergüenza
porque algo afeminados son mis versos.
Sabed que ha de ser íntegro el poeta
en su vida, mas no en su poesía,
pues esta, al cabo, tiene ingenio y gracia
por ser afeminada y descarada,
y capaz de poner algo calientes
no digo a niños sino a los peludos
que no pueden mover sus duros lomos.

Vosotros que leisteis tantos miles
de besos ¿poco hombre me creéis?
Os daré por el culo y por la boca.

13

Tú que eres la flor de los Juvencios,
los que ahora viven y los ya pasados,
e incluso los que están aún por venir,
mejor fuera que dieras tus riquezas
a ese Midas sin arca y sin esclavo
que dejarte querer así por él.
«¿Y por qué? ¿No es hermoso?», dirás. Claro,
mas tu hermoso no tiene arca ni esclavo.
Y dale la importancia que tú quieras;
pero un arca no tiene, ni un esclavo.

14

¡Eh! Talo, marica, más suave que piel de conejo,
o más que el pulmón de una oca, o que un tierno
lóbulo,
o el lánguido pene de un viejo, o telas de araña,
y, Talo, también más ladrón que un ciclón turbulento,
si del guardarropa bostezos te muestra la luna,
devuélveme el manto y también el pañuelo de Sétabis,
y aquellos bordados de Tinia que tú me robaste
y exhibes, idiota, como unos recuerdos de abuelo.
Despégatelos de tus uñas y mándamelos,
si no en tus costillas de lana y tus manos blandengues
hará garabatos infames mi ardiente flagelo.
Te vas a agitar como nunca igual que un barquito
que el viento furioso sorprende en medio del mar.

15

Chaval que escancias el Falerno añejo,
llénname ya las copas más amargas,
es la ley de Postumia, la anfitriona,
que más borracha es que una uva ebria.
Y el agua que se vaya a donde quiera.
¡Peste del vino, vete con los serios,
que aquí no hay más que puro tioniano!

Librodot

16

Oh Alfeno, ingrato y falso con tus buenos compañeros,
¿ya no tienes compasión, cruel, de tu dulce amigo?
¿ya, pérfido, en traicionarme, ya en engañarme no dudas?
Mas las impías mentiras no placen a los del cielo,
lo olvidas y me abandonas, pobre de mí, en la desgracia.
Ay, dime ¿qué harán los hombres? ¿en quién podrán confiar?
Eras tú quien me animabas a entregarte, injusto, el alma
llevándome hasta un amor donde peligro no había.
Ahora quieres retirarte y lo que hiciste y dijiste
dejas que vientos lo lleven y que lo pierdan las nubes.
Mas, aunque hayas olvidado, los dioses y Fe recuerdan;
ella hará que te arrepientas, algún día, de tu acción.

17

Sirmión, joya de las penínsulas e islas
que en lagos transparentes y en el inmenso mar
elevan los Neptunos,
¡qué gozoso y contento vuelvo a verte!
No acabo de creer que abandonara Tinia,
Bitinia y sus llanuras,
y que en tierra segura te contemple.
Pues no hay dicha mayor que cuando el alma
deposita su carga sin temores,
y del peregrinaje fatigados
a nuestro lar llegamos ya sin fuerzas,
y hallamos el descanso en el ansiado lecho:
única recompensa a tan grandes trabajos.
Salve, oh hermosa Sirmión, y por tu dueño alégrate,
y alegraos vosotras, ondas del lago lidio;
rían las carcajadas que habiten esta casa.

18

Te lo ruego, dulce Ipsitila mía,
encantos y delicias de mi vida,
invítame a tu casa por la siesta
y hazme este otro favor, si es que me invitas:
que nadie eche el cerrojo de la puerta
y ten tú la bondad de no salir.
Mejor quédate en casa preparada

para echar nueve polvos sin parar.
Aunque invítame ya, si vas a hacerlo,
que acabo de comer y, panza arriba,
atravieso la túnica y el manto.

19

Oh el más hábil chorizo de los baños,
Vibenio padre y tú, putón del hijo,
(pues si es sucia del padre la derecha,
más voraz es aún del hijo el culo)
¿por qué a una mala costa o al exilio
no os largáis, si del padre las rapiñas
famosas son y tus peludas nalgas

ni vender puedes, hijo, por un duro?

20

Mal está, Cornificio, tu Catulo,
mal está, ¡por los dioses!, y con pena,
más y más cada día y cada hora.
Y tú -mira que es fácil- no le has dado
ni una sola palabra de consuelo.
¿Esto vale mi amor? ¡Estoy que muerdo!
Pero..., venga, tan solo una palabra
más triste que el lamento de Simónides.

21

Ameana, la muy jodida niña,
diez mil del ala pide, nada menos;
esa de la nariz tan horrorosa,
la amiga del formiano manirroto.
Familiares que estáis a su cuidado
convocad a los médicos y amigos.
No está bien la muchacha ni acostumbra
a preguntar por ella ante el espejo.

22

Hola niña. No es chata tu nariz,
ni tienes pies bonitos, ni ojos negros,
ni dedos largos, ni la boca limpia,
ni una lengua, en verdad, nada elegante,
amiga del formiano manirroto,
¿eres tú la que dice la provincia?
¿tú la que ahora comparan con mi Lesbia?
¡Qué siglo tan estúpido y grosero!

23

Y Septimio teniendo entre sus brazos
a su adorada dijo: «Acme mía,
si no es loco mi amor ni estoy dispuesto
a amarte desde ahora sin cesar,
como el que más, perdido, para siempre,
me salga al paso en Libia o en la India
abrasada un león de garzos ojos».
Como antes Amor a la siniestra,
estornudó a la diestra y lo aprobó.
Acme entonces, volviendo la cabeza,
con sus labios de púrpura besando
los ojos embriagados de su niño:
«Septimillo, mi vida -dijo- siempre
seamos solo esclavos de este dueño,
por el fuego que abrasa mis entrañas
que es con mucho mayor y más ardiente».
Como antes Amor a la siniestra,
estornudó a la diestra y lo aprobó.
Ahora parten los dos con buen auspicio,
mutuamente se aman, son amados.
Para el pobre Septimio su Acme sola
vale más que las Sirias y Britanias,
y tan sólo a Septimio la fiel Acme
entrega sus delicias y placeres.
¿Quién vio nunca unos hombres más felices?
¿Quién mejores auspicios vio de Venus?

24

Ya trae los días tibios primavera,
ya en el cielo el furor del equinoccio

se acalla ante el amable aire del Céfiro.
Dejemos ya, Catulo, el llano frigio,
y los fértiles campos de la ardiente Nicea,
volemos a las claras urbes de Asia.
Ya ansioso por vagar se inquieta el ánimo,
ya felices los pies renuevan fuerzas.
Adiós, dulces amigos, compañeros,
que, alejados de casa al mismo tiempo,
separados nos traen distintas sendas.

25

Si la miel de tus ojos, oh Juvencio,
pudiera yo besar constantemente,
muchos miles de besos le daría;
y nunca iba a creer estar saciado
aunque más que las ásperas espigas
se apiñara la mies de nuestros besos.

26

Ayer, Licinio, en un rato de ocio
acordamos jugar con tus tablillas
a medir nuestro encanto y nuestro ingenio.
Devolviéndonos versos mutuamente,
entre el vino y el juego disfrutábamos
improvisando en uno u otro ritmo.
Marché de allí después tan encendido
por tu gracia, Licinio, y por tu encanto,
que ni encontraba ayuda en la comida
ni en el sueño quietud para los ojos,
sino que, revolviéndome en el lecho,
indómito, anhelaba ver la luz
para poder estar y hablar contigo.
Después de que mis miembros fatigados
yacían medio muertos en la cama,
te escribí, dulce amigo, este poema
para que él te mostrara mi dolor.
Y, ahora, cuidadito en desdeñarme
o en mostrarte soberbio, perla mía,
que si no rendirás cuentas a Némesis.
Es terrible esta diosa: no la ofendas.

Librodot

27

Te suplico, si no es mucho pedir,
que muestres las tinieblas que te esconden.
Por ti pregunto en el Campo Menor,
por ti en el Circo y en las librerías,
por ti en el templo sagrado de Júpiter.
Amigo, en el paseo de Pompeyo
paré a la vez a todas las muchachas
aunque había en sus rostros mucha calma,
mas, con todo, ay, así te reclamaba:
« ¡Devolvedme a Camerio, mujerzuelas! ».
Y desnudando el seno dijo una:
«En mi pezón de rosa, ¡aquí se esconde!».
... Pero aguantar es ya labor de Hércules.
¿Con tal soberbia, amigo, me desdeñas?
Dime dónde has de estar, sal ya sin miedo,
entrégate a la luz con confianza.
¿Te retienen quizás niñas de leche?
Si en la boca tu lengua has sepultado
perderás del amor todos los frutos,
pues a Venus le alegran las palabras.
Aunque cierra la boca, si eso quieres,
mas dame parte al menos en tu amor.

28

Qué absurda situación y qué cachonda,
tus oídos, Catón, han de enterarse,
te reirás cuanto amas a Catulo,
pues nada hay tan absurdo y tan cachondo.
Sorprendí a un jovencito hace unos días
tirándose a una niña y, con perdón,
de un golpe le metí tiesa la mía.

29

Celio, la Lesbia nuestra, Lesbia aquella,
aquella Lesbia sola a quien Catulo
más que a sí mismo quiso y que a los suyos,
ahora en callejones y en esquinas
se la pela a los nietos del magnánimo Remo.

30

Ni aun siendo yo el guardián aquel de Creta,
o Ladas, o el alígero Perseo,
o Pegaso en su vuelo me llevara,
o la nívea y veloz biga de Reso,
o fuera yo algún ser de pies alados
para volar, o el ímpetu del viento...
aunque esto tú, Camerio, me ofrecieras,
te estaría buscando, amigo mío,
consumido por todas las fatigas,
deshecho hasta la médula del hueso.

31

¿Acaso una leona del monte libio,
o Escila, la que ladra bajo las ingles,
te dio a luz una mente tan dura y negra
que desprecias la voz de quien te implora
en su extrema desgracia? ¡Alma feroz!

32

No te preguntes por qué las mujeres no quieren, ninguna,
Rufo, debajo de ti, tierno su muslo extender,
ni aunque tirártelas quieras comprándoles raros vestidos
o el delicado esplendor de un delicioso rubí.
Cierto funesto rumor que se cuenta de ti te lastima:
bajo tu axila, feroz, dicen que habita un cabrón.
Todas le temen. Normal, pues el bicho es muy malo y ninguna
bella muchacha querrá nunca acostarse con él.
Mata, por ello, esa peste cruel del olfato o, al menos,
no te preguntes ya más cómo es que escapan de ti.

33

Dice que nunca querrá entregarse a ninguno mi amada,
ni tan siquiera si Júpiter se lo llegara a pedir.
Dice... Lo que una mujer a su amante ferviente le dice
más vale en viento escribirlo y en la corriente veloz.

34

Antes solías decir que a Catulo tan solo querías
y que ni a Júpiter tú, Lesbia, cambiabas por mí.
Yo en aquel tiempo te amé no del modo que uno a su amiga,
mas como el padre querer debe a los que él engendró.
Ya te conozco y, si bien me consume una llama más viva,
eres también para mí mucho más frívola y vil.
¿Cómo es posible?, dirás. Semejante traición a un amante
le hace sentir más amor pero querer menos bien.

35

Déjalo ya. No pretendas ganarte el cariño de nadie.
Deja. No intentes hallar alguien que pueda ser fiel.
Todo es ingrato y de nada nos sirven las buenas acciones,
son un estorbo más bien, solo nos pueden dañar.
Mírame a mí; me atormenta con más crueldad y más saña
quien como amigo hasta ayer solo me tuvo él a mí.

36

Gelio oía decir que su tío solía irritarse
si alguien nombraba el placer o disfrutaba de él.
Quiso evitarlo, y así, se tiró a la mujer de su tío,
y desde entonces aquel es un Harpócrates ya.
Gelio logró sus deseos: por más que al mismísimo tío
hoy por la boca le dé, este no dice ni mu.

37

Mira, mi Lesbia, hasta dónde llegó por tu culpa mi alma,
cómo se ha echado a perder ella por serte tan fiel:
ya no podría quererte por más que intentases ser buena,
ni, hagas lo que hagas, podrá nunca dejarte de amar.

38

Rufo, en quien yo confié como amigo por nada (¿por nada?,

bien al contrario pues fue alto su precio y fatal),
¿cómo pudiste buscar un lugar en mi alma y quemarme,
pobre de mí, el corazón para llevarte mi bien?
Sí, te llevaste mi bien, ¡ay, veneno cruel de mi vida,
ay, que de nuestra amistad eres la gran perdición!

39

Galo también tiene hermanos, los cuales poseen a su vez
uno una hermosa mujer, otro un hermoso chaval.
Galo es un hombre cortés, pues ha unido agradables amores:
con la rapaza cortés duerme cortés el rapaz.
Galo es un hombre imprudente: él es, además de marido,
tío que enseña a ponercuernos a costa de un tío.

40

<Lesbio, yo nada diría de tus vergonzosas costumbres
si salpicaras sin más a tu pandilla ruin,>
pero me causa dolor que tus babas inmundas mearan
sobre los labios virgíneos de una mujer virginal.
No quedarás sin castigo: sabrán conocerte los siglos,
e, incluso vieja, la fama siempre quién eres dirá.

41

Lesbio -¿por qué no?- es guapo. Aquel a quien Lesbia prefiere
antes, Catulo, que a ti y a tu familia también.
Pero que venda a Catulo, familia incluida, este guapo
si en sus amigos tal vez puede tres besos hallar.

42

¿Cómo podría explicar que esos labios pequeños de rosa
luego más blancos estén, Gelio, que nieve invernal,
siempre que sales de casa, temprano, en los días de estío,
y te levantan después de un blando sueño las dos?
Qué puede ser no lo sé, ¿o es verdad, como el vulgo murmura,
que del varón la mitad, tiesa, te gusta tragar?
Esto ha de ser: lo proclaman las pobres ijadas de Víctor

rotas, y el suero ordeñado que hace en tus labios señal.

43

Es que no existe en el mundo, Juvencio, entre tantas personas,
otro hombre guapo al que tú puedas tu amor ofrecer,
fuera del huésped aquel de la yerma región del Piceno,
más amarillo que el oro de una escultura dorada,
al que le entregas el alma queriéndolo más que a mí mismo?
No sabes tú cuánto mal haces haciendo lo que haces.

44

Quintio, si quieres tal vez que Catulo te deba sus ojos,
o algo que puedas querer más que a los ojos aún,
no le arrebates jamás lo que él quiere más que a sus ojos,
o lo que puedas querer más que a los ojos aún.

45

Lesbia, si está su marido, no deja de echarme mil pestes,
y esto para ese infeliz es la mayor ilusión.
No entiendes nada, so burro, si aquella me hubiera olvidado
y se callara, estaría sana y curada de mí;
mas, si rezonga y me insulta, se acuerda y -lo que es aún
más grave
suelta su furia, es decir, arde y la llama hace hablar.

46

Odio y amo. ¿Por qué hago yo esto?, preguntes acaso.
Yo no lo sé, mas lo siento y ello me causa dolor.

47

Dicen que Quintia es hermosa; a mí me parece que es blanca,
alta y derecha: es verdad que estos encantos posee.
Pero decir que es hermosa, lo niego pues no hay en su cuerpo,
siendo lo grande que es, ni un solo grano de sal.

Lesbia es hermosa. No solo en todo es más bella que todas,
sino que a todas robó todas las gracias también.

48

No hay en el mundo mujer que asegure haber sido amada
como y con tanta verdad, Lesbia, tú has sido por mí,
ni en juramento ninguno mayor lealtad hubo nunca
que la que yo demostré en respetar a tu amor.

49

¿Sabes, oh Gelio, qué hace quien con su mamá y con su
hermana
pasa sin ropas la noche para calmar su picor?
¿Sabes qué hace el que impide hacer de marido a su tío?
¿Es que no sabes aún cuán grande delito esto es?
Gelio, tan grande que ni la remota Tetis ni el Océano,
progenitor de las Ninfas, pueden la mancha lavar.
No hay un delito mayor, ni siquiera si aquel la cabeza
baja y en una flexión se autodevora también.

50

Gelio está flaco. Normal. Su mamá está muy buena y, encima,
goza de buena salud, es su hermanita un primor,
tiene un buen tío y su casa está de muchachas repleta,
¿cómo se puede explicar que él esté seco si no?
Porque, aunque solo eche mano de aquello que tiene vedado,
es más que fácil hallarde esta flaqueza el porqué.

51

Ha de nacer de esta unión repugnante entre Gelio y su madre
un mago que ha de aprender arte augural de los persas;
ya que es preciso que al mago lo engendre una madre y un hijo,
(si es verdadera la fe de los sacrílegos persas),
para que el hijo engendrado venere a sus dioses con cantos,
mientras deshace en el fuego grasas entrañas de víctimas.

52

Gelio, si yo me esperaba que fueras correcto conmigo,
con mi pasión infeliz, con mi perdida pasión,
no es porque bien te conozca o piense que seas fiable,
o porque de esta traición no te creyera capaz,
sino por ver que no era tu hermana y tampoco tu madre
esta por cuya pasión yo me veía morir.
Y, aunque contigo me unía un trato bastante frecuente,
nunca llegué a imaginar que esto sería razón.
Mas para ti es suficiente: encuentras placer en el daño
solo si en él además hay un matiz criminal.

53

Lesbia, insultándome siempre, no deja de hablar de mí nunca:
¡ay, que me muera, si Lesbia no siente amor hacia mí!
¿Cómo lo sé?, porque yo sin cesar la maldigo igualmente,
mas que me muera, si amor no es lo que siento por ella.

54

Más que de nadie de ti, se podría decir, sucio Victio,
lo que se suele decir del charlatán y el bobón:
que con la lengua que tienes podrías, llegado el momento,
las alpargatas y el culo de un campesino lamer.
Victio, si acaso deseas perdernos a todos del todo,
abre la boca y verás cómo lo logras al fin.

55

Si un buen amigo confía secretos a alguna persona
que por su gran discreción ya demostró lealtad,
has de saber que yo mismo estoy a esta ley consagrado;
piensa, Cornelio, que en mí siempre un
Harpócrates hay.

56

O me devuelves, Silón, por favor, los diez mil que he pagado
y, cuanto quieras, después sé insoportable y cruel,
o, si te encanta el dinero, te ruego que al menos no seas
un alcahuete y, también, insoportable y cruel.

57

¿Crees que sería incapaz de hablar mal de mi vida, de aquella
que es tan querida por mí como mis ojos y más?
No soy capaz pues, si no, no estaría tan loco por ella;
mas tus defectos, Tapón, me los imputas a mí.

58

Si a un pregonero tú ves con un guapo mancebo a su lado,
¿no pensarás que desea solo ponerse a la venta?

59

Si alguien obtiene una vez lo que está deseando y no espera,
esto le da al corazón una alegría especial.
Siento por ello alegría, y aún más querida que el oro,
viéndote, Lesbia, volver tan deseada hacia mí.
Sola y querida regresas ahora que no te esperaba:
¡rojo este día será entre los días del mes!
¿Quién más dichoso que yo? ¿Quién podría decir que en el mundo
algo se puede querer más que mi vida de hoy?

60

Dices que no tendrá fin, vida mía, este amor que nos une,
que entre nosotros será, ahora y por siempre, feliz.
¡Oh grandes dioses, haced que no sea una falsa promesa,
que hable con toda verdad, salga del alma su voz,
y que nos sea posible guardar para toda la vida
esta alianza eternal, sello sagrado de amor!

61

Es para toda mujer una gloria, Aufilena, entre glorias
siempre contenta vivirjunto a su solo varón;
pero cualquiera querría tirarse al primero que llegue
antes que de un hijo ser madre y hermana a la vez.

Librodot